

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8427

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorente, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 9 de Diciembre 1889

MUEBLES DE PEDRO POSTIGO.

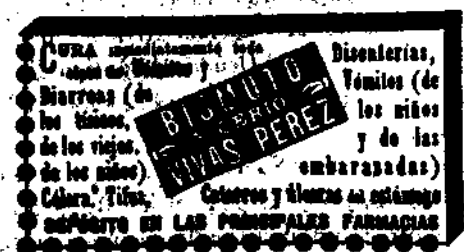
(CALLE DE SAN FRANCISCO, NUMERO 4.)

Gran rebaja de precios.

Silleros tallados y grabados con pies torneados, compuestas de 6 sillas, 2 sillones y sofá, forradas en tapiz bueno, sólida construcción, 45 duros. Camas torneadas de las mejores fábricas, más baratas que nadie. Bufets ó apoyos con mármol de Italia, espejos con buena luna de primera, alemana, comedores, dormitorios y todo lo concerniente al ramo de ebanistería y tapicería con notable rebaja de precios.

Grandes existencias en toda clase de muebles inmensos surtidos en muebles de rejilla de las mejores fábricas de Alemania.

Talleres de construcción y competencia con todos los muebles de todas las procedencias.



LA SEMANA ANTERIOR.

—Si señor; con él trescientos diez y siete.

—Va enseguida.

—Pepe, voy a comunicarte con el... tanta para decirle que tenga la bondad de venir a casa a arrancarse esa pisera muela que tanto te molesta.

—Muchas gracias papito. Dile que venga pronto, porque urge el asunto. El dolor va en aumento.

—Así que se lo diga lo tienes aquí. Sufre un momento más que enseguida quedarás tranquila.

—Pero no te contesta el teléfono?

—Llamará otra vez. Comunicación con el trescientos...

—Ya he dicho a V. que está comunicando. Espere un instante.

—Vaya qué cosa. Siempre que deseo hacer uso del aparato me pasa lo mismo. Con todo el que necesito hablar, me resulta imposible.

—Ay papá, esto aprieta!

—Aprieta de nuevo el botón, que ya el instante ha pasado. ¿Puedo ó no puedo hablar con el 317?

—Ahora no puede ser. Sigue comunicando.

—Y yo esperando.

—Y yo reventando del dolor de muelas.

Verdaderamente la electricidad es ligerísima; pero en ciertas ocasiones resultan más ligeras las pléreas.

—Ay, ay, ay! Yo no puedo más!

—Llamaré nuevamente. ¿Ha concluido de comunicar el 317?

—Si señor; con él puede V. hacerlo.

—(Gracias a Dios). Señor profesor, necesito que venga V. a la calle tal número cual, inmediatamente. ¿Que de qué se trata? De una extracción trigésta, pues, los instrumentos. Si señor los dolores son horribles.

—No lo sabes tú muy bien papá.

—¿Que si es primeriza...? Y a V. que le importa? ¿Pero con quién hablo? ¿Con un comadron? ¿Qué barbaridad! ¿Qué número es el de su teléfono? ¿El 502? Pues amigo no he dicho nada; yo creí hablar con un saca-muelas.

—¿Viene ó no el dentista, papá?

—Iré yo a su casa y a borrarle del teléfono, porque esto es lo que se llama llegar tarde y mojado.

Bastante hemos peleado por conseguir que la fachada de la capilla Marraja fuese embellecida, ya que no con el lujo que su compañera la de Santo Domingo, de tal modo, por lo menos, que pudiera hacer pendant con aquella.

No podemos quejarnos, que al fin el Ayuntamiento, por bien del ornato, ha contribuido con unos cuantos pesos para llevar a efecto las consabidas obras, terminadas en la semana anterior.

La fachada ha quedado regularmente, y ahora disfruta de una ventaja. Como el color con que se le ha lavado la cara, es oscurillo disimulará cualquier mancha de gotera ó cosa por el estilo, más fácilmente que en otras ocasiones.

Ayer un paleta se fijaba en el nuevo enlucido y a su portenta que le acompañaba hubo de decirle:

—¿Verdad facha que esto parece la noche?

Eutófica conocí yo las ventajas de que antes hice mención. Porque de noche todos los gatos son pardos.

Los impermeables y los paraguas han estado en activo servicio durante la semana pasada, porque me figuro que ustedes habrán notado las lluvias con que durante el curso de ella ha favorecido los campos la sabia naturaleza.

Las calles de la ciudad han estado convertidas en barbechos. ¡Parque, cuidado, con el barro que derrochan nuestras calles cada vez que llueve!

Debiera ponerse de moda los zancos para andar en días de agua.

Ni nos remojáramos los pies—exponiéndonos a adquirir un ruma—ni se nos estropearían las botas. Dos economías. La de la botica y la del zapatero.

Si hay alguna persona que me siga, ó que se deje seguir por mí, yo implanto la moda de los zancos.

Prefiero, en tal caso, que la persona pertenezca al bello sexo, y esto prueba lo que por él me he interesado, siempre, aunque diga lo contrario carta, día que se empeñó en hacerme tío.

El que no haya visto Los siete niños de Egipto es porque no habrá querido.

Ocasión para conocerlos nos la ha dado Romero, el equilibrista pantomímico.

Verdad es que después de leer los programas, con argumento y todo, huelga asistir a la plaza.

En estos días cuenta hasta de los menores detalles. Y hay algunos curiosísimos.

Por ejemplo, en el reparto dice:

«Un artista con su burro, Sr. Eusebio.»

Lo cual significa que Eusebio tiene dos naturalezas; ya ven ustedes si esto es curioso.

CENIZAS QUE LLEVA EL VIENTO.

En un risueño valle de la dichosa Bélgica, se alza hasta hace unos días un magnífico castillo de señorial aspecto, en cuya puerta principal se destacaba el escudo de una noble casa española de las más ilustres entre las de la aristocracia.

El castillo era el de Beauring, y el escudo el de los Tellez Girón, Duques de Osuna y del Infantado, conduques de Benavente y señores de muchos pueblos, villas y castillos en estas tierras de España.

El último duque de Osuna de la línea directa, aquel que como embajador de España en San Petersburgo se hizo famoso por su esplendor y su fausto, había hecho reconstruir este castillo, y había llevado allí para alojarle cuadros, tapices, muebles y armaduras de sus palacios de España.

Eran los girones de una gran raza que salían del suelo, que brillaron para ir a formar un suntuoso panteón en el extranjero.

Entre aquellas maravillas del arte español, entre los cuadros de nuestra escuela, los tapices de Madrid, los marcos de Córdoba, las porcelanas del Retiro y de Talavera, pasó los últimos años de su vida el último de los Girónes, que por un azar de la suerte vino a morir en su palacio de Madrid.

Después de su muerte, el castillo de Beauring, como todos sus bienes, pasó a su viuda la hermosa duquesa Leonor, que nació princesa de Salm Salm y que fue durante algunos años, celebrada y admirada en las salones madrileños.

La duquesa viuda vendió cuanto tenía en España, reservando algunas obras de primer orden para el castillo belga, en el que estableció su residencia.

Allí se casó después del luto, con el duque de Cray-Duhnen, y allí vivía con su segundo esposo rodeada de los restos del pasado esplendor de los grandes virreyes de Nápoles y de los del Infantado, que para salvar la vida de su rey le dio su caballo, mientras él quedaba peleando cara a cara con los enemigos.

Era aquel castillo que se alzaba en tierra extranjera la única que quedaba en pie de los Osunas. Hace unas cuantas noches estalló en él el incendio; las llamas hicieron las fuertes paredes, y penetrando en las estancias redujeron a cenizas, muebles, cuadros y tapices.

Era un trozo de historia de España lo que se quemaba, y las grandezas que todo aquello representaba, cenizas que lleva el viento.

Ya no se alza nada más que sobre ruinas el escudo de los duques de Osuna. De aquella inmensa riqueza que se reunió en España ¿qué ha quedado? Ni un asilo, ni un establecimiento industrial, quizá algún convento sin renta; pero nada útil y benéfico para el país, y dentro de poco la chimenea del más modesto fabricante español representará más en nuestra patria que los tres girones de sus morriónes de la pugna, el castillo de plata, los tres órdenes de jaquetas de oro y los cinco escudos de azur sobrecargados de besantes, que fueron el escudo de los Tellez de Girón y Beaufort, Sportin Pimentel de Quiñones, Fernánde de Velasco, diez veces grandes de España de primera clase.

K.

CASTRO Y SERRANO.

Mañana será día de gran gala en la Academia Española; un titulado insignificante de merecimientos, llega por fin a ocupar uno de aquellos sillones que le corresponde por derecho propio, y a dar prestigio con su nombre a la corporación que lo ha perdido mu-

chas veces por encumbrar medianías y nulidades, llevadas allí por el espíritu de secta y las maniobras del conpádrago.

Muy lejos está de nosotros en ideas políticas el Sr. D. José de Castro y Serrano, pero no será esto obstáculo para que celebremos su ingreso en el Senado de las letras, más para aprovechar la ocasión de rendir homenaje al autor exaltado de las «Cartas trascendentales», que porque creamos que el cargo de académico añade nuevos linajes al que tan ilustres los ha ganado, acalando con su discreta y castiza pluma los problemas más interesantes de la vida moderna, en lo que se refiere a las costumbres, a la sociedad y a la familia.

Castro y Serrano es el escritor que mejor conoce la sociedad de su tiempo; y con sus artículos ha ejercido tanta influencia en la transformación de las costumbres como el inolvidable marqués de Salamanca con sus hechos.

Vino de Granada, donde nació hace ya algunos años, no diremos cuantos; pero, en fin, bastantes, con un gran caudal de conocimientos que constituyen la base de una de las educaciones literarias más sólidas que existan en este país.

Fue a Londres a estudiar la primera Exposición universal que se celebró en Europa, y allí vió con ojos de investigador y espíritu de crítico, no solo lo que había, sino qué aditamento con la intuición maravillosa, que es una de sus cualidades, todo cuanto ha venido después de él, que sus notables y recientes artículos acerca del gran certamen que se acaba de celebrar en París, parecen complemento de aquellos que publicó, cuando por primera vez se dieron cita los pueblos para exponer sus adelantos en la capital de Inglaterra.

Hay en este hombre notable por tantos conceptos, una mezcla extraña de lo antiguo y de lo moderno. Por sus costumbres, por sus gustos y aficiones parece un buen señor del antiguo régimen que vestirla todavía casaca y llevarla peluca con coleta si no temiese la rechifla de las gentes, y por sus escritos y sus ideas es el hombre más identificado con la sociedad moderna que cualquier ciudadano de la libre república de los Estados Unidos.

Un cortesano de Carlos IV transformado en yankee; un abate de los camarines de María Luisa y la duquesa de Alba convertido en explorador de Stanley en el mundo de las ideas, esto parece Castro y Serrano cuando se le estudia.

No hay hombre más pulcro y atildado; no encontrareis nunca una partícula de polvo en su traje negro; como no encontrareis una falta de gracia en sus escritos.

Es el hombre de costumbres más metódicas que se conoce; como haya en Europa uno de esos acontecimientos que forman época, ó en cualquier rincón de España un suceso que influya en la transformación del país, ya le tenéis dispuesto a ir al frente su manta y con su plumero.

Lo que hizo cuando la inauguración del mismo de Gues fue un prodigio que será eternamente memorable en la historia del periodismo español.

Si el marqués de Madrid escribió las crónicas más interesantes de aquel acontecimiento, formando con ellas un libro, «La novela del Egipto», que quedará como una de las mejores producciones literarias de la presente época.

Sus ya citadas «Cartas trascendentales», sus «Historias vulgares», su preciosa novela «La capitana Crok», le acreditan de uno de